

# 1

La noche era fría y oscura como el azabache, apresando con su infinito manto cada uno de los rincones de la ciudad. La estrecha calle se encontraba mojada por la lluvia, y el fuerte aire había azotado hasta hacía poco, insistentemente, los más ínfimos recovecos, como queriendo aventar con ello las conciencias de sus moradores, tratando así de aliviar sus atribuladas vidas. La acera estaba formada por una hilera de farolas a las que parecían costarle un inmenso trabajo expandir sus débiles rayos para apenas difuminar un pequeño círculo a su alrededor.

Un hombre transitaba por ese lóbrego y angosto lugar, sin que a su vista pareciera encontrarse nadie más. Iba solo, caminando deprisa, a paso firme, con un aspecto nervioso y preocupado, como si algo de una urgente importancia le requiriera.

De repente, le llamó la atención un ceñido portal con una puerta de madera, alta y antigua, que coronaba en su dintel un rico encaje de hierro fundido, como aquellas características del primer cuarto del siglo pasado, y sin otra especial ornamentación que la existencia de una aldaba en su frente, en la que se mostraba labrada la cara de un animal fantástico como la de aquellos demonios o grifos que aparecían representados en las gárgolas de las catedrales e iglesias medievales.

Instintivamente, frenó de inmediato su apretado caminar y se detuvo frente a la puerta sin saber qué era lo que había sucedido para que se hubiera parado allí; pues, a primera vista, no existía nada que le llamase la atención de una manera especial: ningún símbolo, ninguna placa, ningún cartel. Nada. Sin embargo, alguna fuerza misteriosa, alguna llamada interior, le hizo detenerse de repente frente a ese portal. Se quedó mirando aquella puerta, observándola fijamente durante unos instantes, como queriendo descubrir lo que escondía detrás; para dar, al cabo de un rato, como

guiado por un impulso extraño, dos golpes con la aldaba que adornaba su frente, esperando alguna respuesta. Pasado un momento, se abrió la puerta y nadie apareció tras ella. El visitante solo reparó en una especie de cordel atado al pestillo interior del cerrojo; alguien, allá arriba, había tirado de aquel para abrirla. El hombre dio un par de pasos más hacia dentro y se introdujo de lleno en aquel portal oscuro y de estrechas dimensiones. Se quedó por unos instantes observando con dificultad dónde se encontraba, hasta que, no sin cierto esfuerzo, pudo advertir frente a él lo que se perfilaba como una ajustada escalera de madera con escalones gastados por el mucho uso a lo largo del tiempo.

Comenzó a subir lentamente mirando la luz que, con un tenue resplandor, le llegaba desde arriba. No gritó ni preguntó por nadie, simplemente se limitó a subir como empujado por una inercia interna, mezcla de curiosidad y de extraño mandato, que le decía lo que debía hacer ante aquella situación. Al principio subía los escalones con la energía que le proporcionaba la curiosidad del hecho, aunque ya al poco rato advirtió el excesivo esfuerzo que le suponía alcanzar el siguiente peldaño, intuyendo la imposibilidad de que aquello fuera a tener un final. Continuó subiendo y miró hacia arriba, apreciando que esos escalones se perdían en el horizonte infinito, justo allá desde donde se proyectaba la luz. Siguió su ascenso, sudando cada vez más por el continuo esfuerzo que le requería tal ejercicio, de manera que cada escalón le parecía un objetivo inalcanzable. Se sentía en una extraña situación de absoluta impotencia, en la que creyó que jamás podría alcanzar el final de su objetivo. Cada peldaño que subía le parecía como nunca conseguido, de manera que aún le quedaba el doble de lo ya recorrido, como si aquella maldita escalera no tuviese jamás un fin capaz de ser alcanzado. Definitivamente, creyó que aquel escenario parecía obra de una mente malévola que quisiera disfrutar con su sufrimiento y reírse de su impotencia.

Por fin, jadeante y agotado, logró conseguir el último peldaño y, todavía tambaleándose y casi a punto de caer al suelo por el infinito esfuerzo al que lo había sometido aquel invisible demonio que parecía gobernar los acontecimientos, logró alcanzar lo que hasta el momento le había parecido imposible. Ante su expresión fatigada y sudorosa, antes aún de que pudiera recuperarse de aquel esfuerzo, apareció ante sus ojos una sala grande y ricamente iluminada por varias arañas de caro cristal que colgaban

del techo. La sala estaba llena de personas paseando y charlando animadamente, algunas de ellas con un vaso de licor en la mano; unos vestían smoking y el resto lucía cada uno su figura de una forma diferente. Todos parecían estar participando de una fiesta a la que se unía la música de una orquesta que deleitaba a los allí presentes con su actuación. Algunas de las mujeres parecían vestidas con una especie de corpiño interior, de vistosos colores, imitando a los que solían llevar las prostitutas y mujeres de vida un tanto frívola en aquellos cabarets y tugurios privados de dudosa reputación de entre finales del siglo XIX y principios del XX.

De repente, todo el mundo se paró, y dejaron de hablar de inmediato para dirigir sus miradas hacia el sujeto que acababa de aparecer en el umbral de la puerta que daba a la sala, susurrando alguna observación, como si todos esperasen su llegada. La orquesta dejó de tocar, y todo quedó suspendido y en silencio durante unos instantes. El hombre permaneció inmóvil, observando toda aquella extraña escena que de repente se ofrecía ante sus ojos. Miraba y observaba con detenimiento a todas y a cada una de las personas que allí se encontraban; al momento reparó en el extraño y vacío sillón que se mostraba frente a él, al fondo del gran salón y a un lado de la orquesta. Parecía ricamente adornado y cubierto por encima para recoger y proteger a quien allí se sentara. Observó que para acceder a él había que subir tres pequeños peldaños, de forma que el que se sentara quedase por encima del resto de las personas presentes en la sala, como si expresamente se quisiera dar una apariencia, un realce especial, a la persona que allí se instalara, tratando así de indicar que estaba destinado a una especie de figura regia.

Al momento, de entre la gente apareció una mujer vestida con un atuendo de mejores y más vistosos adornos, comparados con los que llevaban las demás. Combinaba este con un engarce de alegres lentejuelas y otros detalles en el corpiño que su capa dejaba entrever, rodeando su cuello una fina cadena formada de pequeños y variados abalorios, así como con una gasa que, a modo de gracioso toque, cubría su cabeza y parte de su rostro hasta la altura de la nariz, dejándolo traslucir solo en parte; toda esta especial decoración de su anatomía parecía manifestar la diferencia de jerarquía respecto de las demás mujeres de aquel extraño, amplio y barroco burdel. Se acercó lentamente al hombre y, con una sonrisa en su boca, le tomó suavemente de la mano, y levantándose la gasa que le cubría parte

del rostro le dirigió despacio hacia aquel extraño sillón, ante la mirada aprobatoria del resto.

Una vez llegados a los pequeños escalones que alcanzaban el sillón, le soltó suavemente la mano, haciendo luego un delicado gesto indicándole amablemente que subiera. La mujer se quedó en un lateral de aquel extraño trono, al tiempo que el hombre comenzó a subir los peldaños. Cuando estuvo arriba, se sentó acomodándose y apoyando su espalda en un imaginario respaldo, dejando ambos brazos extendidos en lo que parecían ser los mismos brazos de aquel insólito sillón, recogido, pero a la vez amplio y confortable. Una vez sentado, miró desde arriba al resto de los allí presentes, como queriendo reconocer con su mirada a todos y expresando, con su gesto levemente sonriente, la aceptación por la conformidad que producía en los demás la ocupación del sitio en el que se hallaba sentado.

Se encontraba allí tranquilo y relajado, observando con su mirada cómo se conducían los asistentes de la sala, que habían vuelto a sus animadas conversaciones ante el renovado comienzo de la música que desgranaba la orquesta situada a su lado. Una vez realizada la toma de posesión de aquel sillón vacío que parecía estar esperando a su dueño, al poco reparó con extrañeza en cuál era realmente la identidad de aquel sitio en el que se hallaba sentado. De repente, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo al reparar en que aquel aberrante sillón, en realidad, no era otra cosa que una gran boca humana abierta, dentro de la cual aquellos brazos parecían representar la hilera de colmillos y muelas de la mandíbula inferior de esta, mientras que la parte de arriba que le cubría y protegía la cabeza presumía ser la parte superior de la boca, a modo de un enorme paladar; al tiempo que observó como se encontraba sentado sobre una mullida lengua a medio recoger, en la interioridad de aquella delirante boca. Al darse cuenta de dónde se hallaba, comenzó a agitarse en aquel macabro sillón, observando por primera vez que la cara de aquel extraño personaje no era otra que la suya. ¡Él, sentado allí dentro!

Al momento, ante el espanto y el terror que le produjo verse dentro de aquella enorme y hambrienta boca, se fue agitando más y más en la cama, y con movimientos bruscos y lleno de angustia, se despertó sobresaltado, dando brincos y tratando de escapar de esas enormes fauces que parecían querer devorarlo. Se incorporó de golpe sobre el colchón, quedó

por unos momentos allí sentado, y comenzó a jadear sudoroso y en extremo agitado.

Ambrosio estuvo así durante un tiempo, hasta que por fin se sintió algo más seguro y tranquilo, y decidió salir de las sábanas y sentarse en el lateral de la cama. Miró el reloj que estaba en su mesilla y observó que marcaba casi las cuatro de la madrugada. Alterado, se dirigió hacia la cocina, tomó un vaso y lo llenó de agua del grifo, se lo acercó apresuradamente a la boca y bebió de un trago todo su contenido. Se quedó de pie y mirando fijamente al suelo durante unos instantes. Después volvió a la cama, se tumbó en ella boca arriba mirando hacia el techo y, al cabo de un momento, volvió a quedarse de nuevo profundamente dormido.

El día anterior a aquella pesadilla había amanecido gris, y él ya aventuraba lo que podía avecinarse en las próximas horas, de acuerdo con los acontecimientos que últimamente estaban envolviendo su existencia. En efecto, desde hacía varias semanas, y sin saber muy bien por qué, había tenido unas noches agotadoras sin poder conciliar el sueño, sin saber de nada en especial que lo pudiese alterar de tal manera como para conducirlo al estado en el que se encontraba. Últimamente se levantaba cansado y sin la más mínima capacidad para poder afrontar la nueva jornada. Hasta tal punto había llegado a esa situación, que las ojeras habían ido extendiéndose alrededor de sus ojos, de modo que al mirarse al espejo apenas podía reconocerse. Su cara, larga y afilada, se había ido transformando en una tez cadavérica, encerada y mortecina, con dos grandes semicírculos debajo de sus párpados inferiores formando una mezclanza difusa de colores que iban desde un pálido gris hasta derivar paulatinamente en un débil marrón amarillento y enfermizo.

Transcurrió el día como ya había supuesto desde que se había levantado: deambulando por la casa de un sitio para otro, sin hacer nada significativo y sin dejar de darle vueltas a lo que invadía su mente de una manera cada vez más obsesiva. De esa manera malgastó el día, hasta que se presentó de nuevo la noche, con sus insistentes mensajes, después de un día agotador en el que no había realizado nada que le resultara en algo productivo; al menos, en aquello que pudiera conducirlo a una más calmada existencia. Una vez más, había logrado enturbiar su alma hasta el extremo de una desolación y una sordidez sin par. Llevado por el cansancio provocado por esa situación de extraño nerviosismo, reiteradamente

acumulado por los días anteriores, le volvió a atrapar de nuevo, como ya temerosamente había aventurado, uno de esos extraños sueños que dominaban su vida en los últimos días.

Ofreciéndose al mismo ritual que en jornadas anteriores se tendió de nuevo agotado en la cama para, al cabo de unos momentos y sin mayor esfuerzo, caer profundamente dormido, como atraído por una extraña fuerza que lo arrebatara de los lazos indomables de la dura vigilia del día, para introducirle otra vez en uno de aquellos extraños e inquietantes laberintos oníricos.

A la mañana siguiente, le despertó la luz que entraba por la ventana. Ambrosio miró el reloj y se percató de que había dormido de un solo tirón durante al menos seis horas seguidas, lo cual no dejaba de resultar un exceso tal y como estaban transcurriendo las noches en las últimas semanas. Se levantó de la cama aún somnoliento y, dirigiéndose al baño, se dispuso a darse una buena ducha que le espabilase. Después, fue a la cocina para prepararse una taza de café fuerte que le despejase la cabeza de los últimos nebulosos sueños que todavía dominaban su mente. Dio los primeros sorbos, y de inmediato le vino a la memoria el extraño sueño que había tenido esa noche. Trató de recomponer toda la trama de este hasta completar todos los detalles, tal cual difusamente le venían a su mente.

Se sentía afectado, confuso y, de una manera pausada pero cada vez más insistente, le apresaba cada vez más una intriga que iba en un constante aumento. ¿Qué significaba? ¿Qué hacía allí en esa extraña situación, con toda esa gente alrededor, y al fondo él, como una especie de *madame regia*? ¿Por qué no podía llegar nunca a alcanzar el fin de esas malditas escaleras? ¿Por qué habría tenido ese extraño sueño? ¿Qué querría decir en realidad todo eso? ¿Sería una especie de presagio? De otra forma, ¿a qué se referiría?

Por algunas de sus lecturas sabía, más o menos, sin ninguna precisión cualificada, algunos de los significados de los componentes freudianos que integraban algunos sueños y que se habían convertido, desde hacía tiempo, en clásicos de la literatura. Sabía acerca del significado del volar; igualmente, sobre el sentido de la persecución, de las caídas al vacío, sobre los objetos punzantes en la mesa, etc. Pero era incapaz de sacar alguna conclusión de aquello que había soñado, ya que de ninguna

manera se tenía por un profesional del comportamiento de la mente de nuestra especie, un psicólogo, un psicoanalista, ni tan siquiera algo que se le pareciera.

Era sábado, de forma que tenía todo el día libre, así que lo mejor sería —se decía— tratar de olvidarse de todo aquello y pasar la jornada lo más tranquilo posible: relajarse, comprar como de costumbre la prensa del día y darse una vuelta. Luego comería cualquier cosa y más tarde trataría de llamar a algún amigo para ir a cualquier sitio y pasar una distraída velada que resultara diferente de las anteriores.

Así que se dirigió al kiosco habitual, adquirió el periódico y se dispuso a ir al parque allí cercano. Comenzó a andar en aquel día que parecía ser propicio para ello, con un buen sol y una excelente temperatura; pensaba que le iba a venir magníficamente caminar un poco y hacer algo de ejercicio que le alejase de las inquietudes de sus sueños.

En el parque se encontró con gente paseando, con parejas con los niños jugando, además de alguna que otra persona corriendo para tratar de mantenerse en forma e intentar eliminar las toxinas acumuladas durante la semana, que tan fácilmente se habían adherido a su cuerpo. Después de un buen rato de estar caminando, decidió sentarse en uno de los bancos que se situaban alrededor de una de las fuentes, libre de ocupantes y con un entorno discretamente tranquilo. Abrió el periódico y comenzó a leer los acontecimientos del día. Como de costumbre, las noticias eran las de siempre: estado de la situación política nacional, guerra aquí, comienzos de altercados allá, el eterno problema de una determinada región, la evolución de la economía, etcétera... Así estuvo un rato, pasando las hojas de forma monótona, como si de sobra supiese o ya estuviera cansado de leer siempre acerca de los mismos asuntos. Hasta que, de repente, se fijó en un pequeño titular de uno de los apartados del área de *Sucesos* que le llamó la atención, con la suficiente fuerza como para dirigir su vista con celeridad hacia su contenido. Era una noticia breve, fechada en una localidad de Méjico, y en la que la agencia de noticias daba cuenta de un suceso de canibalismo en una pequeña ciudad de ese país. En la confesión ante el juez, el presunto inculpado relataba cómo, casi consumado el asesinato, pero aún con la víctima viva, había procedido a comerse algunas de las partes de su anatomía, como orejas, nariz, dedos de las manos, partes del pecho, etc., hasta conseguir durante ese proceso la muerte efectiva y proceder



posteriormente a su total descuartizamiento. Aquel relato resultaba de tal exactitud y crudeza en la exposición de sus procedimientos, en el desmembramiento de algunas de las partes del cuerpo y en el especial deleite que sentía el asesino en el consumo de estas —las cuales había elegido previamente de forma cuidadosa por su especial predilección—, que le provocó un profundo vértigo. Este sentimiento, producto de un terror y una repugnancia de difícil descripción, se unía a una sensación profunda, emanada desde los más remotos orígenes de su alma, que le hacía evocar la más primigenia animalidad de sí mismo. La noticia le conmovió más aún al leer el momento en el cual el caníbal había procedido a explicarle al juez la especial satisfacción que había sentido cuando se disponía a consumir alguna parte concreta del cuerpo, todavía no del todo cadáver. Sin poder, ya a esa altura de la lectura, continuar por más tiempo, y dejándola sin concluir, cerró el periódico y trató de sobreponerse de aquel impacto.

Ambrosio se levantó del banco y comenzó a andar nerviosamente, tratando de despejarse de la profunda impresión que le había provocado aquella lectura, sin por ello poder evitar el recuerdo de lo que acababa de leer. Naturalmente, había oído alguna vez algún que otro relato similar, sí, claro que sí; pero ese día, precisamente, no estaba anímicamente preparado para recibir este tipo de noticias.

De repente, notó una opresión en el corazón, unida a una honda sensación de vértigo que se aferraba a su estómago. Se paró, e inmediatamente le vino a la memoria el extraño sueño de la noche pasada.

Comenzaron a acudir a su mente las palabras más significativas de la noticia acabada de leer: «caníbal», «comer», «boca»... «¡boca!», «¡boca!». Hasta que reparó: ¡él, en su sueño, había estado sentado en una gran mandíbula humana!, ¡en una gran boca! Al darse cuenta de aquella coincidencia se quedó de pie y paralizado en medio del parque, durante unos instantes, mudando el rostro en un gesto de terror.

Por fin, y con mucha dificultad, logró continuar el camino con un paso cada vez más agitado, horrorizándole tamaña coincidencia, sin saber muy bien el porqué de todo ello. Caminaba absorto en esos pensamientos sin saber ya a dónde dirigir sus pasos, y sin poder alejar de su mente los dos acontecimientos mezclados entre sí.

Se dirigió por fin a su casa, como si con ello tratara de encontrar un refugio donde pudiera sentirse más seguro. Una vez allí, comenzó



a dar vueltas y más vueltas, dirigiéndose primero a la cocina, después a su habitación y luego al salón. Pensó en llamar a alguien, a algún amigo que le sacase de ese estado de agitación y de angustia que le embargaba de una forma cada vez más opresiva. Pero no lo hizo, no se encontraba con fuerzas. Además, ¿qué iba a conseguir con ello? Nadie le haría mucho caso y, de cualquier manera, al final le dirían que no se preocupase, que eran sueños y que experiencias de ese tipo o similares, al fin y al cabo, casi todo el mundo las tenía en alguna ocasión. Por lo que se refería al suceso leído, le dirían que tampoco le debería prestar mayor importancia; pues se trataba de un suceso de un país extranjero que no hacía más que señalar los impulsos de destrucción y de animalidad que acompañan al ser humano, y que en muy contadas ocasiones aparecen en nosotros como un retroceso de nuestra especie en parte aún salvaje; le harían ver además que no debería prestarle mayor importancia salvo, eso sí, por la brutalidad que representaba ante nuestros ojos y nuestras relativamente refinadas conciencias. Por todo esto desistió de inmediato; al fin y al cabo era a él a quien le sucedía eso, y nadie podría implantarse en su cerebro ni en su alma por mucho que lo intentara.

Así las cosas, advirtiendo el posible desinterés de los otros, pasaron para Ambrosio las horas del día dedicándose a un continuo ir y venir en aquellas reducidas dimensiones del apartamento. No comió; lo único que ingirió varias veces fue agua, que le ayudaba a refrescar una boca cada vez más seca, producto de su estado de angustia. Por más que intentaba distraerse, no lograba retirar de su cabeza esos obsesivos pensamientos, de modo que lo único que conseguía con esto era un cansancio mayor al ya acumulado. Pasó toda la tarde en esa situación, hasta que agotado, y llegada ya la noche, se tumbó en la cama y logró quedarse de nuevo profundamente dormido.